

por la imaginación, recreado por el arte de Garcilaso el Inca. Porque sólo el arte permite ser al hombre el hechicero atrevido, capaz de volver a moldear lo que el tiempo ha cuajado ya en inexorable realidad:

*And Love! Could you and I with Him conspire  
To grasp this sorry Scheme of Things entire,  
Would not we shatter it to bits-and then  
Remould it nearer to the Heart's Desire!*

(OMAR KHAYYAM: *The Rubaiyat.*)

Este principal motivo al que aludimos está formado por las capitulaciones entre indios y españoles y la posibilidad de realizarlas bajo Gonzalo Pizarro. Este es el fondo, ya no velado, sino explícito, contra el cual se destaca el encuentro histórico entre indios y españoles, tal como el autor lo relata en esta *segunda parte*. Todo lo demás es de importancia secundaria y se ajusta a esta perspectiva.

Afirma Porras Barrenechea: «la redacción de una especie de tratado de paz entre españoles e indios, que es pieza fundamental en la concepción histórica garcilasiana (...), no figura en ninguna otra crónica de la conquista». Con tanta más atención —diríamos— conviene examinarlo.

Los acontecimientos inmediatos que dieron ocasión a las capitulaciones entre indios y españoles fueron la prisión por Titu Atauchi, hermano de Atahualpa, de Sánchez Cuéllar, «escribano que fue de la información, sentencia y muerte de Atahualpa», y la de Francisco de Chaves, «que era uno de los caudillos», con otros seis conquistadores principales, más «otros de menos cuenta, cuyos nombres ha borrado el olvido»; prisión efectuada por Quizquiz, capitán famoso de los ministros de Atahualpa.

Titu Atauchi y Quizquiz se juntan y se dirigen con sus prisioneros a Cajamarca. Allí dan garrote al escribano Cuéllar, al mismo palo al que los españoles mataron a Atahualpa, para vengarse así de la muerte del Inca. En cambio, Francisco de Chaves y sus compañeros son tratados por los indios con la mayor cortesía y amistad. Antes de devolverles la libertad, los indios les proponen el famoso tratado de paz. Estas capitulaciones comprenden siete puntos:

- «1. Que todas las injurias, delitos y agravios hasta entonces sucedidos de una parte a otra se borrasen y olvidasen perpetuamente.
2. Que hubiese paz entre indios y españoles para no hacerse mal los unos a los otros.
3. Que los españoles no contradijesen la corona del imperio a Manco Inca porque era el legítimo heredero.

4. Que indios y españoles, en sus tratos y contratos, se hubiesen como amigos y que quedasen confederados para socorrerse y ayudarse unos a otros.

5. Que los españoles soltasen los indios que tenían presos en cadena y de allí adelante no los aherrojasen, sino que se sirviesen de ellos libremente.

6. Que las leyes de los Incas pasados, hechas en beneficio de los vasallos, que no fuesen contra la ley cristiana, se guardasen inviolablemente.

7. Que el gobernador don Francisco Pizarro, dentro en breve tiempo, enviase estas capitulaciones a España para que la Majestad imperial las confirmase» [III, p. 88].

Los españoles, impresionados por la generosidad de los indios, quienes, en lugar de matarlos, habían curado sus heridas y, por último, «des pedían partidos y condiciones tan justificadas y tan puestas en razón, se confundieron y admiraron del todo. Y como hombres que por horas habían estado esperando la muerte y estaban compungidos de los descuidos que en la doctrina de los indios y predicación del santo Evangelio habían tenido», piden licencia a los indios para, en nombre del gobernador y de todos los españoles, agregar dos puntos a las capitulaciones: Primero, «que los indios recibiesen la ley de los cristianos y admitiesen la predicación del Evangelio en todo el imperio». Segundo, «que pues los españoles eran extranjeros y no tenían pueblos ni tierras de que mantenerse, les diesen alimentos como a los demás naturales de aquel reino y les diesen indios e indias de servicio que les sirviesen, no como esclavos, sino como criados».

Los indios aceptan estos puntos de buena gana, y después que las capitulaciones son consignadas «por los historiadores en su título», dan licencia a los españoles para irse. Por el camino, éstos hablan de lo que acaba de sucederles. Este tratado de paz—decían—no es obra «de bárbaros idólatras, sino milagros e inspiraciones de Dios nuestro Señor, que andaba disponiendo los ánimos de aquella gentilidad para que con amor y suavidad recibiesen su doctrina y santo Evangelio». Se proponen persuadir al gobernador y los demás españoles que acepten este tratado de paz. Pero, aunque Francisco Pizarro se muestra dispuesto a ello, el demonio—dice el autor—, «enemigo del género humano», decidió en contra, impidiendo con sus malas obras la conversión de los indios y causando las guerras que luego empezaron entre indios y españoles: «Y así levantaron las guerras que poco después hubo entre indios y españoles *por no cumplirse estas capitulaciones, porque la soberbia no consintió la restitución del reino a su*

dueño y causó el levantamiento general de los indios» [III, p. 89. Subrayamos].

No seguiremos paso a paso la relación de las guerras y revueltas que van a desarrollarse sobre un período de veinticinco años en el suelo peruano: la guerra entre pizarristas y almagristas; entre Diego de Almagro, «el Mozo», y el gobernador Vaca de Castro; entre Gonzalo Pizarro y el visorrey Blasco Núñez Vela, y, por último, los levantamientos de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Todos estos sucesos forman materia de esta *segunda parte de los «Comentarios»*. Pero los dos puntos fundamentales en los que se sustenta toda la estructura de la *Conquista del Perú* son las capitulaciones y su inminente realización bajo Gonzalo Pizarro.

Cuando, después de la batalla de Quito, en la que fue muerto Blasco Núñez Vela, la autoridad real ya no tiene representante en el Perú, queda despejado el camino a Gonzalo Pizarro para la dominación absoluta del país; parece que ya no haya ningún obstáculo que pueda impedir que se ponga en la cabeza la corona del Perú. Francisco de Carvajal, su famoso maese de campo, su mal genio (pero para quien Garcilaso tiene tanta predilección que más tarde le dedicará seis largos capítulos de memoria póstuma contra uno solo a Gonzalo Pizarro), es quien hace brillar ante los ojos de Pizarro las tentaciones del poder. Es en el importante capítulo XL del libro IV. Aquí Garcilaso vuelve a coger los hilos del tratado de paz que desde los comienzos de la *segunda parte* habían quedado flotantes en el aire. Aquel encuentro, ya lejano, entre indios y españoles pierde aquí su carácter de mero episodio para revelar toda la intención, cargada de significación y alcance ambicioso, que le ha dado Garcilaso.

El discurso importante en el que Carvajal incita a Gonzalo a proclamarse rey del Perú se apoya en tres puntos esenciales.

Comienza por precisar que, después de haber muerto a un visorrey, «cortada su cabeza y puesta en la picota», no hay que esperar perdón de su majestad, por más disculpas que ellos puedan alegar ni por todas las promesas de perdón general que se les haga. Pizarro ya no puede retroceder; no tiene más remedio que seguir adelante. Que se ponga, por tanto, en la cabeza la corona de rey.

Luego Carvajal esboza la forma que debe adoptar su sistema de gobierno, y aquí se ciñe a los puntos principales de las capitulaciones anteriores, especialmente en lo que se refiere a la idea de una confederación entre españoles e indios. Propone a Gonzalo Pizarro unirse en enlace matrimonial con una hija del Inca, «la más propincua al árbol real», y enviar a sus embajadores a las montañas «donde está

encerrado el Inca heredero de este imperio, pidiéndole salga a restituirse en su majestad y grandeza y de su mano dé a vuesa señoría por mujer la hija o hermana que tuviere, que bien sabe vuesa señoría cuánto estimará aquel príncipe su parentesco y amistad». Así Pizarro ganará «el amor universal de los indios». El rey Inca volverá a gozar de la obediencia de sus indios, como lo hicieron sus antepasados, y Pizarro con sus ministros y capitanes ejercerán la gobernación sobre los españoles. En caso de guerra, los indios, mandados por su rey, acudirán a su socorro como aliados fieles, en vez de—como ha sucedido hasta aquí—servir de espías dobles, complicándoles la vida a los españoles. Esta tierra—dice Carvajal—pertenece a los Incas, «y ahora, en restituírsela al Inca, hace lo que debe en ley natural».

Por último, Carvajal le representa a Pizarro que, una vez rey coronado, ya no tendrá nada que achacarse: «y no repare vuesa señoría en que le digan que hace tiranía al rey de España, que no se la hace; porque, como el refrán lo dice, *no hay rey traidor*».

Estos son los tres puntos del discurso de Carvajal ante Pizarro. No cabe duda que las ventajas del sistema de confederación propuesto aquí son del lado español, así como fueron a favor de los indios en las capitulaciones que éstos hicieron con los españoles aprisionados. Carvajal estipula que las tierras sin dueño deben ser repartidas entre los amigos y validos de Pizarro, y no «para dos vidas», como hizo el rey español, sino «en mayorazgo perpetuo». Además, tiene la vista puesta en la creación de un género de nobleza criolla, con títulos y Ordenes militares similares a las de España, con sus hábitos y pensiones.

Quizá un dejo de hipocresía se perciba en la proposición de la alianza con los indios. Lo que Carvajal parece esperar ante todo del parentesco de Pizarro con la casa real de los Incas es un poder indirecto sobre los indios, y luego, con el concurso de éstos, apoderarse de todo el oro y plata del Perú, «pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro».

Estas segundas capitulaciones entre españoles e indios presentan todavía otra diferencia más con las primeras entre indios y españoles y es el parentesco de Gonzalo Pizarro con una princesa Inca. Es que por esta alianza, la restitución del reino Inca a su legítimo heredero adquiere un carácter especial que no dejaría de crear condiciones favorables a la elevación a niveles insospechados de la raza mestiza. Est fue el sueño que Garcilaso el Inca—muertas sus esperanzas de poder gozar honores y aplausos en plena luz de la vida de su época—h soñado durante toda su existencia. Un sueño que, por fin, ha contado y expuesto con todos sus símbolos, asociaciones de ideas, transicione